



El día antes de la utopía. Imágenes de la revolución en las utopías anarquistas de Buenos Aires

The day before utopia. Images of the revolution in the anarchist utopias of Buenos Aires

Sebastián Stavisky

Instituto de Investigaciones Gino Germani/Universidad de Buenos Aires
Argentina

sebastian.stavisky@gmail.com

<https://orcid.org/0009-0006-8944-6691>

Recibido: 19-04-2025. Aceptado: 07-10-2025. Publicado: 26-02-2026

RESUMEN

A finales del siglo XIX e inicios del XX, varios anarquistas se propusieron hacer propaganda de sus ideales mediante la escritura y publicación de utopías. Tales novelas contaron con una serie de elementos característicos. Entre ellos, se destaca la construcción de un paisaje literario ubicado no en un sitio desconocido por los cartógrafos, sino en un futuro más o menos distante. También, la descripción de una revolución como vía de acceso al porvenir deseado. Este artículo se propone analizar la manera en que las utopías publicadas por anarquistas de Buenos Aires en las primeras décadas del siglo XX narraron distintos acontecimientos revolucionarios. Así, defiende la hipótesis de que dichos pasajes constituyen un punto de mira privilegiado para examinar la manera en que el devenir de la historia se vuelca al interior de los relatos utópicos.

PALABRAS CLAVE

Anarquismo; Buenos Aires; historia; revolución; utopías.

ABSTRACT

At the end of the 19th and beginning of the 20th century, several anarchists sought to propagate their ideas by writing and publishing utopias. These novels had a series of elements that characterized them. Among those elements stands out their construction of a literary landscape located not in a place unknown to cartographers, but in a more or less distant future. Also notable is their description of a revolution as a path to that desired future. This article aims to analyze the way in which the utopias published by anarchists in Buenos Aires in the first decades of the 20th century narrated different revolutionary events. The guiding hypothesis is that these passages constitute a fruitful point of view to examine how the course of history is reflected within utopian narratives.

KEYWORDS

Anarchism; Buenos Aires; history; revolution; utopias.

Cómo citar este artículo: Stavisky, Sebastián. 2025. “El día antes de la utopía. Imágenes de la revolución en las utopías anarquistas de Buenos Aires”. Revista de Estudios Utópicos **REUTOPIA** 1(2), 24, <https://doi.org/10.3989/reutopia.2025.1.2.24>.

Copyright: © 2025 CSIC. This is an open-access article distributed under the terms of the Creative Commons Attribution 4.0 International (CC BY 4.0) License.

1. Introducción

En uno de los artículos que acompaña la edición de 1991 de *La ciudad anarquista americana*, Luis Gómez Tovar (1991, 6) propuso una organización del pensamiento utópico en América a partir del recorte de tres etapas. La tercera de ellas corresponde a la emergencia de utopías libertarias, y va desde la publicación en 1858 de *El Humanisferio* de Joseph Dejacque hasta la aparición en 1924 de *En la soñada tierra del ideal* de Pierre Quiroule. Una de las preguntas que podría realizarse a esta propuesta de lectura remite a los elementos que caracterizaron a las novelas que se inscriben en dicha etapa. Más allá de la fecha en que fueron redactadas e, incluso, de la afiliación ideológica de sus autores, ¿qué rasgos compartían tales utopías?; ¿en qué se diferenciaban de otras obras del género?

De acuerdo con la finalidad del presente trabajo, me interesa señalar dos elementos característicos. En primera instancia, la descripción de un paisaje literario emplazado no en un sitio desconocido por los cartógrafos, como fue el caso de la utopía de Tomás Moro y buena parte de los modelos que siguieron a esta, sino en un futuro distante. Cabe al respecto situar a las utopías anarquistas dentro de una tradición más amplia que comienza en 1771 con la publicación de *El año 2440. Un sueño como no ha habido otro* del dramaturgo francés Louis-Sébastien Mercier. En palabras de Raymond Trousson (1995, 233), el gesto de Mercier de ubicar su mundo de fantasías en un tiempo venidero marcó el inicio de las utopías modernas. El contraste ya no solo crítico sino ahora también proyectivo entre un presente injusto y un futuro soñado introdujo el devenir de la historia dentro del relato utópico. Así lo comprendió también Bronislaw Baczko, quien refirió a *El año 2440* como la primera “*historización* de la utopía” (Baczko 2005, 90). Por otra parte, este mismo gesto permitió, a su vez, que las utopías comenzaran a tener una localización precisa, ya no fuera del mapa. Es decir, que empezaran a imaginar transformaciones en contextos geográfico concretos.

Otro de los elementos que caracteriza a la gran mayoría de utopías anarquistas es —como señaló Rocío Hernández Arias (2018)— la introducción en ellas del relato de una revolución. Nuevamente, las obras incluidas en esta suerte de sub-género no fueron las primeras en describir un acontecimiento revolucionario. En 1840, Étienne Cabet ya había hecho lo propio en su *Viaje por Icaria*. Sin embargo, según dan a conocer los personajes de la novela, el gran mérito de la profunda transformación experimentada en aquel país imaginario correspondió menos a las luchas sociales que a la generosidad y valentía de un dictador de nombre Icar¹. Esta manera de concebir la transición se encuentra reforzada en la tercera y última parte del libro, donde la ficción cede lugar a una exposición doctrinaria en forma de diálogo. Allí, Cabet desestimó que una sociedad igualitaria pudiera alcanzarse por la vía de una revolución, y sostuvo que el camino adecuado para lograr la felicidad del pueblo era a través de la persuasión, siendo conveniente a todo propagandista comenzar por dirigirse a las personas más influyentes de su entorno, los ricos (1985, 247).

1 Lewis Mumford sugirió al respecto que la figura literaria de Icar estuvo inspirada en Napoleón Bonaparte, cuyas mayores conquistas políticas y militares se produjeron mientras Cabet transitaba la adolescencia. (Mumford 2013, 144).

Juicios como este hicieron que, en 1848, Karl Marx y Friedrich Engels criticaran rudamente a los socialistas utópicos. En el *Manifiesto comunista*, argumentaron que los representantes de aquella tradición de las izquierdas apelan “a toda la sociedad sin distinción, [...] se dirigen preferentemente a la clase dominante”, y “descartan toda acción política y, ante todo, revolucionaria” (2008, 65). Bien distinto —como veremos en este trabajo— fue el caso de las utopías anarquistas escritas y publicadas años más tarde.

El presente artículo tiene por objeto examinar el modo en que una serie de utopías libertarias postularon y describieron la revolución social como medio necesario para alcanzar la sociedad utópica. El *corpus* de análisis está compuesto por un total seis obras, y constituyen el conjunto de utopías publicadas por el anarquismo de Buenos Aires durante las tres primeras décadas del siglo XX. Para presentar las novelas y, a un mismo tiempo, dar cuenta de la política editorial y el modo de circulación de los que las mismas gozaron, en el primer apartado se realizará una revisión de la prensa anarquista porteña del período. El segundo apartado se detendrá en el examen de la manera en que la revolución fue imaginada por aquellas utopías escritas en el extranjero, luego traducidas al castellano y editadas por La Protesta. El último apartado realizará lo propio con las tres utopías escritas en el medio local y pertenecientes a Quiroule. A lo largo del recorrido, se prestará especial atención a las diferencias en el modo de concebir la revolución por parte de las seis novelas, así como a la forma en que diversos acontecimientos históricos interpelaron la producción literaria de los autores.

El artículo se propone como un aporte a los estudios históricos de las utopías y, de manera particular, de las utopías anarquistas en lengua castellana. Al respecto, cabe señalar que la gran mayoría de estos últimos trabajos tomaron como objeto de análisis a una obra específica, *La ciudad anarquista americana* de Quiroule. Entre otros, puede hacerse mención del estudio pionero de Félix Weinberg (1976), que aborda la novela desde la perspectiva de la historia de las ideas. De manera más reciente —y además del ya citado escrito de Gómez Tovar (1991) y los que acompañan aquella edición—, se encuentran trabajos dedicados al análisis del pensamiento urbanista (Fernández Cordero 2009), de la imaginación tecno-científica (Petra 2009) y del tratamiento de las enfermedades (Armus 2007, 32-47) en el libro de Quiroule. Estos estudios prestaron escasa atención al modo en que la utopía imaginó la revolución. Distinto fue el caso de Pablo Ansolabehere, quien —como aquí también se postula— sostuvo que “lo que más importa en el texto [...] no es la descripción de la ciudad anarquista, sino la historia de cómo se llegó a ella” (2011, 288).

Mientras tanto, en los últimos años comenzaron a aparecer algunos trabajos que, en diálogo con el presente artículo, indagaron en un conjunto extenso de utopías anarquistas, y buscaron en ellas puntos en común capaces de avanzar hacia una comprensión más amplia del fenómeno. El ya referido escrito de Hernández Arias (2018) examinó asuntos similares a este, aunque centrando su mirada en la manera en que ciertos autores abordaron el problema de la violencia. María Migueláñez Martínez (2018) realizó un estudio sobre la circulación de la obra utópica de Luisa Michel, para lo cual reconstruyó las redes transnacionales de edición de utopías anarquistas, ocupándose de modo particular de las novelas publicadas por el anarquismo de Buenos Aires, asunto sobre el que trataré en el primer apartado. Finalmente, Laura Fernández Cordero (2024) asumió también el desafío de buscar un rasgo distintivo de las utopías publicadas por el anarquismo, proponiendo indagar en la forma en que estas imaginaron la posible libertad sexual y amorosa.

La hipótesis que guía el desarrollo de este trabajo parte de la manera en que Raymond Williams interpretó los pasajes sobre la revolución de una de las utopías publicadas por el anarquismo porteño, la novela *News from Nowhere* de William Morris. Según el historiador, la obra marcó un “auténtico punto de inflexión” dentro de la tradición utópica, en tanto que la revolución ya no era entendida como el acontecimiento que permitiría a la utopía hacerse un lugar, sino uno de sus elementos constitutivos (2021, 59. La traducción es mía). Ruth Levitas sostuvo al respecto que, para Williams, “lo que vuelve algo utópico no es sólo su calidad de otredad sino el elemento de transformación, que requiere continuidad y conectividad con el presente” (Levitas 2007, 217). A

partir de estas apreciaciones, considero que la revolución no solo es un rasgo característico del conjunto de utopías anarquistas, sino que cumple en las novelas una misma función: la de conectar, a modo de umbral, el futuro imaginado con la actualidad del trabajo de escritura. De tal manera, si —como sostiene Fernando Aínsa— “el sueño utópico parte inevitablemente de una representación de la época del autor y de las posibilidades que *a priori* permitirían una alternativa histórica” (1991, 51), los pasajes sobre la revolución se presentan como el intersticio por el cual el devenir de la historia se filtró de forma más intempestiva hacia el interior de los relatos.

2. Las utopías en la prensa anarquista porteña

La noción de utopía aparece en forma frecuente en los periódicos anarquistas de finales del siglo XIX y principios del XX. En ellos, la ambigüedad que había adquirido el término a lo largo de la historia fue reproducida sin mayor originalidad². Así, podían leerse notas que hacían alusión a la utopía como un horizonte a alcanzar, al mismo tiempo que escritos que afirmaban que el anarquismo no tenía nada de utópico, considerado el calificativo en su acepción de fantasía idealista. También figuraron referencias varias a obras pertenecientes al género literario, hasta que, en 1906, fue publicada la primera utopía en forma completa.

El 23 de febrero de aquel año, el diario *La Protesta* comenzó a publicar a modo de folletín la novela de William Morris *News from Nowhere*. Posiblemente, se haya tratado de la traducción al castellano realizada en 1903 por Juan José Morato para la editorial barcelonesa Maucci (Migueláñez Martínez 2028, 31), aunque, en esta ocasión, el título que acompañó la edición de folletín fue *En la ciudad de Utopía*. La difusión se extendió a lo largo de poco más de dos meses. Por entonces, el periódico ácrata se encontraba dirigido por Alberto Ghiraldo, quien impulsó en la sección en que salió la obra de Morris la divulgación de literatura social de autores no necesariamente partidarios del ideario anarquista³.

Morris escribió su novela en 1890 con el propósito, entre otros, de ofrecer una respuesta a la imagen de futuro construida dos años antes por Edward Bellamy en *Looking backward* [*Mirando atrás* (2014)]. Particularmente —y como dejó en claro en un artículo publicado en la revista *Commonweal* (Morris 1889)—, el autor británico cuestionaba la manera en que Bellamy presentaba como deseable un régimen de producción y consumo fundado sobre una organización fuertemente centralizada del trabajo⁴. En contraposición, Morris describió una ciudad en la que sus habitantes hacían del trabajo una actividad placentera, un hábito cotidiano que, lejos de contraponerse a los momentos de ocio, era causa de permanente disfrute. Es posible que esta manera de imaginar la realización del trabajo haya sido uno de los elementos que interpeló gratamente a los lectores anarquistas de *News from Nowhere*; o, cuanto menos, así sucedió con Pietro Gori. En un artículo publicado en 1900 por el periódico *L'Avvenire*, el italiano (quien por entonces se encontraba en Argentina) refirió que Morris había comprendido muy bien el “peligro” que se escondía detrás de la férrea organización socialista con la que soñaba Bellamy:

El peligro reside precisamente en la dificultad de conciliar la soberanía inalienable del individuo con la dependencia mutua de las relaciones sociales [...]. William Morris, en su Londres del futuro, comprendió brillantemente la dificultad del problema y la gravedad del peligro, para el individuo, de un socialismo estatista, centralizador y gendarme. Así, su ciudad ideal no es la inmensa fragua, [...] sino la libre y feliz federación de colonias obreras, agrícolas, artísticas y científicas (Gori 1900, 1. La traducción es mía).

2 Para una historia de los distintos significados del término, ver Pro (2018).

3 En sintonía con la política de Ghiraldo orientada a promover la lectura, el VI Congreso de la Federación Obrera Regional Argentina, celebrado el mismo año, encomendó a las sociedades de resistencia “constituir bibliotecas y demás casas necesarias para elevar intelectualmente la clase proletaria” (Bilsky 1985, 218).

4 Sobre el contrapunto a propósito de la organización del trabajo en la obra de Morris y en la de Bellamy, ver Kumar (1994).

Tres años después de la publicación por *La Protesta* de la utopía de Morris, un francés residente en Argentina de nombre Joaquín Alejo Falconnet, mejor conocido como Pierre Quiroule, terminó de escribir su primera novela: *Sobre la ruta de la anarquía*. A raíz de las declaraciones de Estado de sitio y las clausuras de periódicos e imprentas que se produjeron tras el asesinato de Ramón Falcón y en el contexto de los festejos del Centenario, la obra recién salió publicada por la editorial de Bautista Fuego en 1912⁵. El diario *La Protesta*, con el que Quiroule venía colaborando desde 1905, insertó avisos de venta del libro durante algunos meses. Sin embargo, en sus páginas no se publicó ninguna reseña o comentario crítico de la novela. Sí aparecieron notas sobre la misma en periódicos del exterior, como en la revista *Infancia* de Montevideo, uno de cuyos principales impulsores, el catalán Albano Rosell, sería a la postre también autor de utopías⁶. Allí, el recensor elogió el trabajo de Quiroule y lo calificó como “un estudio interesante sobre la marcha a que está sujeta la humanidad hacia su emancipación” (On 1912, XIV).

A pesar de la escasa atención prestada por *La Protesta* al libro de Quiroule, los editores del periódico no pasaron por alto las cualidades literarias del autor. Apenas un año más tarde de la salida de *Sobre la ruta de la anarquía*, anunciaron la pronta publicación de una nueva obra suya. El 20 de julio de 1913, una nota a cuatro columnas ofreció a los lectores un anticipo de la “obra de construcción revolucionaria, a editarse” (Quiroule 1913, 2-3). El fragmento elegido correspondió a un pasaje de la novela en que el narrador esbozó sus ideas acerca de la importancia de emprender el éxodo de la ciudad. Es probable que este interés de Quiroule en la imaginación de una suerte de retorno a la naturaleza haya estado inspirado en la lectura de *Noticias de ninguna parte*, en tanto, ya publicada su segunda utopía, sostendría en una nota que

[...] nada se podrá hacer mientras el hombre no vuelva a la naturaleza, porque la salvación está únicamente en una civilización nueva, racional y en íntimo contacto con Madre Natura, como la que está descripta en mi libro ‘La Ciudad anarquista Americana’ y en la hermosa obra de Guillermo Morris ‘Noticias de ninguna parte’ (Quiroule 1914a, 2).

El 8 de abril de 1914, un suelto aparecido en la portada de *La Protesta* informó que *La ciudad anarquista americana* inauguraría un nuevo proyecto editorial del diario. La obra alcanzó una significativa difusión dentro de los círculos libertarios de aquel entonces. Tal es así que, en 1915, varios de los respondientes de una encuesta bibliográfica lanzada por *La Protesta* contestaron que el libro de Quiroule era una de las obras más influyentes que alguna vez habían leído. Por citar solo algunos, Julio Traverso la consideró como una novela que no debiera faltar en ningún hogar (1915, 2); Carlos Mársico la recomendó a todo “novel estudioso” que desee conocer cómo podría funcionar una sociedad comunista (1915, p. 3); y Segundo Ivan refirió que *Noticias de ninguna parte* y *La ciudad anarquista americana* eran dos de los mejores libros que guardaba consigo, “porque están escritos con suma sencillez, al alcance de todo cerebro que quiera estudiar los medios para destruir esta podrida sociedad, y a la par enseñan cómo viviremos en la Anarquía” (Ivan 1915, 2).

Las respuestas enviadas a la encuesta nos hablan de la atracción que generaba la literatura entre quienes comulgaban o simpatizaban con las ideas libertarias. Considerando que se trataba de un público compuesto en su gran mayoría por trabajadores sin demasiado tiempo para el estudio y la formación política, se comprende que los textos “escritos con suma sencillez” —como refirió

5 Los acontecimientos producidos en torno a 1910 resultan fundamentales para la historiografía del anarquismo en Argentina, en tanto buena parte de los estudios sitúa en aquel año el inicio del declive del movimiento libertario en la región. Al respecto —y desde una perspectiva crítica—, ver Migueláñez Martínez (2010).

6 En 1921, Rosell publicó una utopía titulada *Una visita a Macrobía*. El libro salió firmado con el seudónimo de Germina Alba a través de la Biblioteca Educación y Revista Naturismo de Barcelona. Siete años después, Rosell reeditó la obra en la misma ciudad bajo el título de *En el país de Macrobía* (2023), en esta ocasión firmada con su nombre propio. La estructura de la novela es similar a la de aquellas que circularon en los siglos XVI y XVII, no está ambientada en el futuro ni narra el episodio de una revolución.

Ivan— conformaran un vehículo propicio para la difusión de ideas. La descripción de una sociedad comunista ensayada por una novela utópica resultaba, en tal sentido, mucho más efectiva en su labor de propaganda que un escrito doctrinario o un tratado filosófico⁷.

Por otro lado, las expresiones elogiosas que recibió la obra —así como también el hecho de que los editores de *La Protesta* la hayan elegido como lanzamiento de su nuevo proyecto— nos permiten cuanto menos matizar la percepción del propio Quiroule acerca del escaso interés que su libro habría despertado entre compañeros. En una nota publicada el 20 de septiembre de 1914, el utopista se mostró decepcionado al constatar la “inesperada actitud de indiferencia o de desprecio, muy parecida a la hostilidad, de la crítica anarquista hacia las composiciones futuristas” (1914b, 2). Tal vez, la cita nos hable, más que de un desinterés, de las altas expectativas que el autor pueda haber tenido con respecto a su trabajo. Como sea, lo cierto es que dicha crítica de Quiroule fue retomada en diversos estudios como índice de algunas de las tantas tensiones que atravesaron al anarquismo porteño del novecientos. De un lado, una corriente *constructivista* se disponía a delinear formas posibles de organización futura de la sociedad; del otro, una corriente *espontaneísta* se resistía a hacerle un lugar a los planes del porvenir argumentando que eran asuntos a tratar solo después de haber hecho la revolución (Gómez Tovar 1991, 37-43; Ansolabehere 2011, 275-277).

La referida controversia entre constructivistas y espontaneístas resulta paradójica al momento de revisar la labor editorial de algunos de los que adscribían a esta segunda corriente. Uno de los que con mayor ímpetu se habría opuesto a las pretensiones de reflexionar cómo se podría vivir al día siguiente de la revolución fue Diego Abad de Santillán. Numerosos escritos suyos se encargaron de cuestionar a quienes dedicaban tiempo de sus vidas a trazar cartografías imaginarias de la posible. En tales notas, acusaba a los creadores de utopías de pretender “vivificar el sentimiento autoritario” (1923, 1-2), y, en defensa de la espontaneidad de la experiencia colectiva, los comparaba con autores de programas de acción política (1924).

Ahora bien, a la par que escribía estos artículos, Abad de Santillán iniciaba la tarea de traducción y publicación de utopías de autores extranjeros. El 17 de marzo de 1923, la editorial *La Protesta* anunció la salida de su segunda novela utópica, *Mi comunismo (La felicidad universal)* de Sebastian Faure. El autor había publicado la obra a finales de 1921 a través de la imprenta parisina *La Fraternelle*, con lo cual la traducción, a cargo de Abad de Santillán, se realizó en apenas un año. Distintos comentarios del libro aparecidos en la prensa anarquista dan cuenta de que el trabajo gozó de buena difusión en Buenos Aires. También, que fue leído en voz alta y de manera pública en eventos de lectura comentada, como el que organizó el Ateneo Anarquista el miércoles 8 de agosto de 1923 en el local de la calle Estados Unidos 3545 (Anónimo 1923, 4)⁸.

Cuatro años más tarde, encontrándose Abad de Santillán a cargo de *La Protesta*, la editorial del periódico lanzó una colección titulada “Los Utopistas”. Según informa Migueláñez Martínez (2021, 34), la misma fue impulsada por Max Nettlau, con quien Abad de Santillán había trabado amistad durante el congreso de la Asociación Internacional de Trabajadores celebrado en 1922 en Berlín. El estrecho vínculo entre ambos hizo que el llamado “Heródoto de la anarquía” se convirtiera en un asiduo colaborador del diario anarquista porteño. Además de gran cantidad de artículos suyos, en junio de 1925 el *Suplemento Semanal de La Protesta* comenzó a publicar “Esbozo de historia de las utopías”, dedicado por Nettlau a Quiroule.

7 Un estudio detallado de las prácticas lectoras del anarquismo se encuentra en di Stefano (2013).

8 Las lecturas comentadas constituyeron un dispositivo pedagógico al que los anarquistas recurrieron con cierta insistencia entre mediados de la década del diez y finales de la siguiente. El asunto fue estudiado por Dora Barrancos (1987), quien refirió que los libros de Faure fueron algunos a los que se dedicaron mayor cantidad de eventos.

La colección “Los Utopistas” fue un proyecto ambicioso dentro del cual se planeaban publicar obras de gran cantidad de autores. Finalmente, solo salieron dos libros. Uno de ellos fue *El Humanisferio* de Joseph Dejacque, novela considerada por Nettleau (1934, 48) como la primera utopía anarquista. Dejacque la escribió mientras se encontraba en Nueva Orleans, y la publicó por cuenta propia entre 1858 y 1859 desde las páginas del periódico neoyorquino *Le Libertaire*. Cuarenta años más tarde, y por iniciativa de Eliseo Reclus, la utopía salió en formato libro a través de la Biblioteque de Le Temps Nouveaux de Bruselas. Para su traducción al castellano —la primera en dicha lengua—, la editorial La Protesta tomó en consideración ambas ediciones. Como parte de una estrategia de venta, al mismo tiempo que para facilitar su acceso a quienes no pudieran costear la compra del libro, el diario anarquista publicó la novela a modo de folletín antes de que saliera por la colección.

El otro de los libros de la colección “Los Utopistas” fue *Noticias de ninguna parte* de William Morris. Este salió en una edición que tomó como base la traducción impresa a modo de folletín en 1906, a la que se le hicieron algunas pequeñas modificaciones y se le agregó un prólogo de Nettleau. A fin de promocionar la publicación, los editores de *La Protesta* hicieron hincapié no tanto en la dimensión proyectiva de la utopía, cuanto en su contraste crítico con “este feudo yrigoyenista-clerical-cerealista donde nos toca vivir y luchar” (Anónimo 1928, 2).

Mientras —como vemos— quienes se encontraban a cargo del diario anarquista se abocaban a poner en circulación esta serie de utopías, Quiroule mantenía con ellos un distanciamiento que, paradójicamente, lo llevaba a seguir cuestionándoles la presunta indiferencia a imaginar la sociedad del porvenir (Quiroule 1924b). Este distanciamiento fue uno de los motivos por el cual su tercera novela utópica no fue publicada por La Protesta sino, nuevamente, gracias a la labor editorial de Bautista Fuego. *En la soñada tierra del ideal* fue publicada el 15 de abril de 1924 en la “Revista quincenal de divulgación sociológica” *Sembrando Ideas*, que dedicaba el conjunto de las páginas de cada número a la obra de algún pensador vinculado al anarquismo. En este caso, el trabajo de Quiroule no pareció haber despertado el mismo interés que *La ciudad anarquista americana*. Los periódicos libertarios de Buenos Aires se limitaron apenas a ofrecer el libro a la venta junto a tantos otros que por entonces se conseguían en las librerías militantes de la ciudad.

Quisiera, por último, insistir una vez más en el carácter paradójico de las tensiones que enfrentaban a constructivistas y espontaneístas. Suriano fue otro de los autores que se refirió a ellas, y lo hizo de un modo que considero oportuno a los fines de este trabajo. Según él, uno de los motivos de la resistencia de ciertos sectores del anarquismo a imaginar el futuro radicaba en la “urgencia revolucionaria” que caracterizaba a la acción y prédica libertarias. Esto “significaba subordinar [...] la planificación a largo plazo del proceso revolucionario por un inmediateismo” (Suriano 2008, 82). Sin embargo —sostuvo luego—, en este inmediateismo existía también un componente fuertemente utópico, en tanto suponía que cualquier conflicto que se desatara presentaba las condiciones suficientes para el derrocamiento del Estado y el capitalismo, y que al día siguiente de aquella intensa jornada de lucha, la sociedad en su conjunto sería capaz de abrazar el comunismo sin transición. La utopía no solo se desplegaba en la contornos del mundo soñado por los autores de novelas constructivistas, también lo hacía en las imágenes de revolución que día a día poblaban las páginas de los periódicos anarquistas. Imágenes de revolución que, en su versión literaria, fueron reproducidas al interior de las utopías que esos mismos periódicos ofrecían al público.

3. “Nosotros tenemos la barricada y la utopía”

En su trabajo citado, Trousson sostuvo que el fracaso de las revoluciones europeas de 1848 marcó un punto de clivaje en la historia de la literatura utópica vinculada a las izquierdas (Trousson 1995, 260). El hecho de que *El Humanisferio* de Joseph Dejacque —texto del que extraigo la frase que titula este apartado— no haya sido citada por Trousson como una de las utopías emblemáticas

de este nuevo período podría leerse como índice de la poca circulación que, incluso con el correr de los años, tuvo la obra por fuera de los ámbitos libertarios. Y es que no solo su autor participó activamente en el levantamiento de las barricadas parisinas, sino que el profundo impacto que dejó en él aquella experiencia histórica se encuentra plasmado de forma insistente a lo largo de todo el relato.

Dejacque organizó su libro en tres partes, perteneciendo al género de la utopía, estrictamente hablando, solo la segunda de ellas. De hecho, pareciera que el interés del autor fue menos delinear los contornos de un futuro desbordante de placeres que conmover en el lector aquellos deseos de sublevación que suelen perseguir los manifiestos revolucionarios. Tales propósitos fueron expuestos por Dejacque cuando, en las palabras preliminares, expuso la forma en que esperaba sea leído su libro: como “una obra infernal”, “el clamor de un esclavo rebelde”, “un proyectil autoricida”, “un grito de insurrección” (1927, 16-18). Este espíritu de rebeldía acompaña al conjunto de la obra, y las imágenes con las que lo ilustra son las de las barricadas que él mismo contribuyó a levantar en la Francia del 48.

La primera parte del libro está dedicada a trazar una historia de la humanidad. Al igual que muchos otros anarquistas que se propusieron hacer historia de manera aficionada, los puntos de inflexión de este ejercicio historiográfico de larga duración son el surgimiento de la religión, del Estado y la propiedad privada. A tales infortunios atribuyó el autor la responsabilidad del conjunto de sufrimientos padecidos por los trabajadores de su tiempo. Las revoluciones del 48 emergen entonces en el relato como el alba que anuncia el comienzo de un nuevo día. Aquel año, sostuvo, fue al proletariado lo que 1789 a la burguesía, el momento en que “el feudalismo del capital tembló hasta en sus cimientos” (1927, 53). El momento que, también, dejó grabado en la memoria popular el axioma proudhoniano que iguala la propiedad al robo.

La segunda parte del libro, aquella en que se despliegan los caracteres del futuro utópico, está ambientada un milenio después del momento en que fue escrita la obra. Esta enorme distancia temporal permite a Dejacque imaginar un mundo en que —según afirma— la propia fisonomía de la Tierra ha cambiado. Todos los elementos de la naturaleza fueron domeñados y puestos a disposición de las necesidades humanas. El globo se convirtió en una gran metrópolis a la que, gracias al inusitado desarrollo de las máquinas de velocidad, es posible dar vuelta en un día. La propiedad privada no es más que un objeto arqueológico, las órdenes de mando y obediencia fueron definitivamente desterradas y el libre concurso de la voluntad individual es la única norma que regula las relaciones entre las personas. Haciendo momentáneamente a un lado el ejercicio de imaginación proyectiva, Dejacque hurgó en sus recuerdos personales algún episodio en que se haya sentido tan libre como fantaseaba podría serlo el conjunto de la humanidad en el futuro. Nuevamente emerge, entonces, la experiencia histórica de las barricadas del '48, momento de excepcional ruptura que ilustra el cúmulo de felicidades de las que el pueblo es capaz de gozar cuando pone en suspenso el ejercicio de la autoridad.

Consultad vuestros recuerdos y veréis que la más grande ausencia de autoridad ha producido siempre la suma más grande de armonía. Ved el pueblo desde lo alto de sus barricadas y decid si en estos momentos de pasajera anarquía no testimonia, por su conducta, en favor del orden natural. [...] Recordad aun el día de la distribución de las banderas, después de febrero del 48; no había en la multitud, más grande de lo que fue en ninguna otra fiesta, ni gendarmes ni agentes de la fuerza pública; ninguna autoridad *protegía* la circulación; cada uno, por así decirlo, se vigilaba a sí mismo (Dejacque 1927, 103-104).

Titulada “Período transitorio”, la última parte de *El Humanisferio* vuelve a tomar distancia del relato utópico y retoma el género del manifiesto revolucionario. La pregunta de la que parte es cómo alcanzar aquel mundo de felicidad descrito en las páginas precedentes. A propósito de este interrogante, Ángel Cappelletti sugirió que, si se tomaran en consideración las críticas formuladas por Marx y Engels a los utopistas franceses y británicos, “podríamos decir que Déjacque

es uno de los utopistas menos utópicos” (1968). La base fundamental de tales críticas remitía a que la literatura revolucionaria de los primeros años del socialismo no veía, “del lado del proletariado, ninguna actividad autónoma histórica, ningún movimiento político que le sea peculiar” (Marx y Engels 2008, 64). La obra de Dejacque continúa haciendo alusión a las luchas sociales como enfrentamientos protagonizados, de manera inespecífica, por oprimidos y opresores. Sin embargo, la experiencia en las jornadas del 48 lleva al autor a insinuar la preponderancia que en tales conflictos comienza a adquirir la clase trabajadora. Así, en primera instancia, rectifica a Ernest Courderoy y Octave Vauthier cuando estos profetizan que la revolución vendrá de la mano de los cosacos. No solo de ellos, les responde Dejacque. Si la utopía con la que él sueña es una que abarca a todo el planeta, la revolución que la haga realidad deberá tener alcance no solo europeo sino mundial. Y, más adelante, a esta multitud de explotados repartidos por los cinco continentes le otorga —en sus propias palabras— “el nombre genérico del proletariado” (Dejacque 1927, 132).

En la utopía de Dejacque, entonces, la revolución se presenta como un recuerdo de las jornadas en las que el autor participó, al mismo tiempo que como un espíritu que atraviesa el trabajo de escritura y busca movilizar en el lector el deseo de insurrección. Distinto es el caso de la obra de Morris, quien hizo del asunto un objeto de reflexión que le permitió avanzar en una minuciosa descripción de la forma en que, según imaginaba, podría desencadenarse un proceso revolucionario. Para Nettlau, aunque Morris “no haya profesado nunca el anarquismo”, compuso en *Noticias de ninguna parte* una utopía “sinceramente libertaria, y una de las más bellas que existen” (1934, 63).

Como señalé antes, Morris escribió su utopía buscando dar una respuesta a la imagen de futuro construida por Bellamy en *Mirando atrás*. Su malestar con la obra del norteamericano no se reducía, sin embargo, a la manera en que este contemplaba un porvenir en que los trabajadores desempañarían sus funciones como engranajes de una enorme maquinaria militar. También remitía a que, en dicha novela, la revolución no solo está ausente, sino negada.

La utopía de Bellamy narra la historia de Julian West, un acomodado miembro de la burguesía de Boston que se queda dormido en 1887 y despierta en el año 2000. El Dr. Lette —quien cumple en el relato la función de informante de todo lo sucedido durante aquellos 113 años— cuenta que el conjunto de los problemas sociales que a finales del siglo XIX afectaban a los trabajadores se resolvieron sin violencia alguna gracias a la progresiva concentración del capital, coronada con la atribución por parte del Estado del monopolio de la producción. En uno de los capítulos de la novela, West le pregunta a Lette qué rol cumplieron los anarquistas y organizaciones obreras en dicho proceso. “No tuvieron nada que ver con él, excepto para entorpecerlo”, fue la respuesta que recibió (2014, 233). La caracterización hecha por el Dr. Lette de los sectores revolucionarios del siglo XIX era que o bien representaban demandas sectoriales, o eran agentes pagados por la burguesía: “los grandes monopolios les pagaban para que ondearan la bandera roja y hablaran de quemar, saquear y volar personas por los aires, con el propósito de evitar cualquier reforma real a base de asustar a los menos decididos” (2014, 234).

Lejos de esta evolución pacífica, en *Noticias de ninguna parte* el pasaje a la utopía se produce como resultado de una lucha de clases que adquiere la forma de guerra civil. Esa lucha de clases que en 1858 Dejacque había comenzado a vislumbrar, en Morris se vuelve central para comprender la revolución. El británico dedicó dos capítulos enteros de su novela a narrar los hechos que informaron el proceso revolucionario. Dichas páginas consisten en un largo diálogo mantenido entre el protagonista Huésped y uno de los habitantes del Londres del futuro, el viejo Hammond. Este cuenta que la radical transformación de la sociedad comenzó a desplegarse en 1952, mientras se vivía en un período de transición en el que los trabajadores contaban con la capacidad de imponer buena parte de sus demandas. Sin embargo, las reformas no eran suficientes para evitar que sucedieran momentos de profunda crisis. En una de ellas, las organizaciones obreras realizaron un conjunto de reivindicaciones que los patrones recibieron “como una declaración de guerra” (Morris 1928, 127).

La revolución, finalmente, estalló tras la represión de la policía a una manifestación celebrada en la Plaza de Trafalgar. Los enfrentamientos entre sublevados y militares secundados por jóvenes de la burguesía derivaron en una guerra civil que se extendió durante dos años. El definitivo triunfo de los revolucionarios fue resultado no tanto de su competencia en materia bélica, cuanto de una huelga general que permitió a los trabajadores reorientar la producción en beneficio exclusivo de ellos mismos: “cuando la lucha estuvo verdaderamente entablada, se notó cuán pocas cosas de algún valor había en el viejo mundo de la esclavitud y de la desigualdad. [...] ‘Los rebeldes’ se sintieron bastante fuertes para rehacer el mundo de sus cenizas” (1928, 146).

Como referí antes, según la manera en que Williams (2021) comprende la obra, la revolución es uno de los elementos constitutivos de la sociedad utópica imaginada por Morris. Esto implica que la utopía no solo se despliega en los detalles del Londres con el que sueña Huésped, también lo hace en los pormenores de la revolución narrados por Hammond. La fascinación con la que el protagonista de la novela sigue atentamente el relato de su informante no es menor a la que le produce ver que el arte se convirtió en una práctica cotidiana de la vida, o la que siente al contemplar la belleza de los cuerpos liberados del trabajo forzado.

Un tanto diferente fue la propuesta que desarrolló Sebastian Faure al escribir *Mi comunismo (la felicidad universal)*. La obra fue publicada apenas unos años después del final de la Primera Guerra Mundial y el triunfo de la Revolución Rusa⁹. Según explicó el autor en la “Introducción”, el libro se proponía demostrar que “los anarquistas poseen un plan social maduramente estudiado y cuya ejecución aseguraría la felicidad de la humanidad” (Faure 1923, 7). También afirmó que no tenía por objeto oponer a la revolución bolchevique la imagen de una transformación social de carácter libertaria, aunque, de todas formas, resulta imposible leer la novela sin tener presente aquel acontecimiento decisivo en la historia del siglo XX.

A diferencia de las utopías hasta acá comentadas, la de Faure está ambientada en un futuro cercano, apenas 15 años adelante. Esta condición hace que la obra no pronostique importantes adelantos tecnológicos ni proponga grandes cambios en el tejido urbano. La sociedad ideal que imagina se limita a delinear una serie transformaciones en los modos de organización de la producción y el consumo, en servicios como la salud y la educación, el transporte y los hábitos de ocio.

La novela cuenta la historia de un obrero mecánico de nacionalidad francesa llamado Ernesto Durand, quien participa contra su voluntad en la Primera Guerra Mundial y, al regresar a su país, se encuentra desocupado. Sin recursos para garantizar la reproducción de su vida y la de su familia, decide trasladarse a Brasil, donde lo espera un amigo también exiliado. Tres años más tarde, los emigrados comienzan a recibir noticias sobre el estallido de una revolución del otro lado del Atlántico. “La revolución social en Francia” es el título del capítulo dedicado a narrar los hechos, y se encuentra redactado como si se tratara de la transcripción de notas de prensa. Faure intercaló a lo largo del relato descripciones del contexto que atravesaba Europa al momento en que fue publicada la obra, lo que permite leer aquellas notas como si se trataran de crónicas del presente. Alude a los duros términos impuestos a Alemania por el Tratado de Versalles y a la reciente instauración del comunismo en Rusia como “la prueba de que una revolución social es realizable” (1923, 37).

El 3 de septiembre es el día elegido por Faure para datar el inicio de la revolución. El conflicto estalla cuando, ante el incumplimiento por parte de Alemania del pago de las indemnizaciones de guerra, el gobierno francés ordena nuevamente la militarización de los jóvenes. Al momento en que los convoyes de soldados se encontraban en la estación de trenes prontos a partir, un grupo comienza a cantar “La Internacional” y a gritar “¡Viva la revolución!” (1923, 43). La multitud se

⁹ Es sabido que ambos hechos generaron intensos debates al interior del movimiento libertario. Acerca de la posición asumida al respecto por Faure, ver Maitron (1992). Sobre el impacto de la revolución bolchevique en el anarquismo de Argentina, Doeswijk (2013).

pliega a los agitadores y empieza a marchar sobre la ciudad de París. Las columnas de manifestantes se dirigen a la plaza de la República y toman el Hotel de Ville, ocupan el edificio de la policía, el Palacio de Justicia y los ministerios; sabotean el alumbrado público y saquean las fábricas de armas, puestas ahora a disposición de los insurrectos; expropián los almacenes y entregan la comida a los trabajadores y sus familias; asaltan los registros de propiedad e incendian los títulos y documentos públicos, a fin de “significar que la propiedad privada estaba reducida a cenizas y que nada quedaba ya del pasado” (1923, 63).

Los acontecimientos parecen desencadenarse de manera imprevista, pero —cuenta el narrador— obedecen a un plan concebido en clandestinidad por sindicalistas, socialistas y anarquistas. La idea de revolución como un hecho producido gracias al accionar de un núcleo de militantes organizados que interpretan el malestar del pueblo y, en el momento justo, se lanzan a dar un golpe que precipita el proceso de transformación es un tópico recurrente en varias de las utopías anarquistas. Volveré sobre él en el siguiente apartado. Por lo pronto, me interesa señalar que, para dicha forma de entender la revolución, el complot es concebido como una herramienta que permite sortear el peligro de que los sucesos adquieran la forma de una guerra. En *Mi comunismo*, la insubordinación de los soldados franceses no solo permite frenar el conflicto bélico entre Estados nacionales, sino también la guerra civil entre clases sociales de la que hablaba Morris. Así, en apenas cuatro días de lucha, los sublevados de la obra de Faure logran, “casi sin derramamiento de sangre” (1923, 53), hacerse con el control de París y extender la revolución al resto de Francia.

Poco después de la publicación en castellano de *Mi comunismo*, Pierre Quiroule envió a *La Revista Blanca* de Barcelona una reseña crítica del trabajo de Faure. En sus primeras líneas, celebró la oportuna aparición de la obra en “esta hora histórica en que se hunde la vieja civilización”. Y a continuación, interpeló a los lectores con la pregunta acerca de si “responde el libro del citado maestro a la concepción que tenemos, los anarquistas, de la libertad” (Quiroule 1924b, 10-11). La negativa al interrogante fue acompañada con la recomendación de revisar la manera en que él mismo, Quiroule, había imaginado el futuro de la sociedad en sus propias utopías.

4. “El turno del pueblo”

Como referí antes, la primera utopía escrita por Quiroule fue *Sobre la ruta de la anarquía*. Sin embargo, aun considerada como utopía, sus descripciones de la sociedad del porvenir son relativamente marginales. En esta obra, el interés del autor pareciera haber sido describir los pormenores de una revolución posible antes que los de un mundo anhelado. Tal es así que el relato del estallido revolucionario ocupa prácticamente el conjunto de la novela. Por otra parte, y como ocurrió con Morris y Bellamy, el libro podría leerse como la respuesta a una utopía publicada un año antes de que Quiroule escribiera la suya. Me refiero a *Buenos Aires en 1950 bajo el régimen socialista* de Julio Dittrich. Dicho trabajo —fuertemente influenciado por *Mirando atrás* (Weinberg 1976, 36)— describe un futuro en que la transición al socialismo se produjo de manera pacífica, y en el que los exaltados anarquistas, para quienes “una libertad conquistada sin sangre no merecía ese nombre”, fueron exiliados a Irlanda (en Weinberg 1976, 133).

De modo similar a como lo haría años más tarde Faure, Quiroule imaginó también una guerra como contexto de emergencia de la revolución. El telón de fondo, en este caso, fue el período de la Paz Armada. La obra transcurre en la ciudad de París, y narra el inicio de un conflicto bélico en que el ejército alemán bombardea Londres e invade Francia. Mientras el gobierno de este último país se prepara para responder, el pueblo sale a las calles a protestar contra la declaración de guerra. La súbita reacción popular es explicada por el narrador trayendo a la memoria lo sucedido cuatro décadas antes. “El recuerdo del último sitio de París por los prusianos estaba presente en todas las memorias”, escribió Quiroule (1912, 45). Posiblemente, esta alusión a los hechos producidos en 1871 remita a la propia biografía del autor, quien se cree que llegó junto a su familia a Argentina aquel mismo año, de igual forma que lo hicieron muchos otros compatriotas tras la caída de la

Comuna de París (Gómez Tovar 1991, 72). Aquella experiencia histórica transita la novela de manera evocativa, ya sea como catalizadora del levantamiento o como derrota de la que es necesario aprender. Así, en la introducción del libro, Quiroule puso en duda que el método de lucha característico de los comuneros, las barricadas, fueran —como auspiciaba Dejacque— una herramienta efectiva para derrocar a la burguesía. La utopía propone sustituir los combates abiertos en las calles por las acciones clandestinas de un complot revolucionario.

Aprovechando la confusión que se vivía entre un gobierno ocupado en responder a la agresión extranjera y un pueblo que se resistía a participar de la guerra, un reducido grupo de militantes experimentados se dispuso a pasar a la acción. En primera instancia, procuraron desorganizar a las fuerzas policiales y militares suprimiendo a sus jefes. De manera rápida y exitosa, atentaron contra las vidas del presidente de la República, de sus ministros y generales del ejército. Luego prendieron fuego edificios emblemáticos de la ciudad, invadieron las cárceles y liberaron a los presos. Acto seguido, lanzaron un comunicado dirigido a los trabajadores de toda Europa, en el que informaron que el proletariado francés había vencido a sus opresores. Y como si se tratara de una confirmación del modo en que Dittrich caracterizaba en su utopía a los anarquistas, afirmaron: “solo el empleo de la violencia puede hacer triunfar nuestra causa, y nuestra emancipación la conquistamos con el hierro y el fuego” (Quiroule 1912, 62).

Las páginas que narran de forma más elocuente la violencia desatada durante el proceso revolucionario no tienen, sin embargo, como protagonistas a los miembros del complot. “El turno del pueblo” es el título del capítulo en el que Quiroule puso en suspenso el metódico andamiaje con el que venía narrando los pasos para la construcción de una revolución exitosa, y trasladó su imaginación hacia el espontaneísmo de las masas. Aquellas páginas posiblemente compongan una de las descripciones más realistas y bellamente escritas de lo que comporta una insurrección. El capítulo relata el avance de los hambrientos sobre los barrios ricos de la ciudad, la destrucción de las vidrieras detrás de las cuales se exponía lo que ellos mismos habían producido y hasta entonces les estaba vedado, el saqueo de las tiendas en las que se vendía a precios prohibitivos desde productos de primera necesidad hasta bienes de lujo. Eran las cosas el objeto principal sobre el que los nuevos “reyes de la calzada” descargaban su furia vengativa y su impulso de destrucción. Hasta que el dueño de una suntuosa panadería creyó oportuno defender su propiedad disparando con un arma de fuego sobre la multitud.

Pasado el primer instante de estupor causado por estos actos sangrientos, se produjo un terrible remolino de pueblo enfurecido alrededor de los muertos, y de pronto, un clamor salvaje, interminable pidiendo represalias de sangre contra los verdugos y asesinos del pueblo se hizo oír formidable, y sin esperar más, la ola humana se precipitó adelante impetuosamente, asaltando e invadiendo furiosamente las lujosas moradas de la gente de dinero (1912, 71).

Sobre la ruta de la anarquía termina con el esbozo de un problema: al ver la felicidad de la que comenzaron a gozar los habitantes de la Francia revolucionaria, trabajadores de distintas partes del mundo emigraron hacia aquellas tierras de prosperidad. La pregunta que entonces se hicieron las asambleas populares conformadas tras la caída del capitalismo fue qué hacer ante el riesgo de sobrepoblación en las comunas. Este interrogante es el que, de alguna manera, Quiroule intentará responder en su siguiente utopía.

A diferencia de la novela recién comentada, el paisaje en que transcurre *La ciudad anarquista americana* no es Europa, sino un país imaginario de Sudamérica, cuyas referencias permiten deducir que se trata de una versión ficcional de Argentina. Este dato no es menor si tenemos en cuenta lo señalado por Nettlau al afirmar que “las ideas constructivas aplicadas a un país que físicamente, históricamente y por su posición geográfica difiere enormemente de Francia, como la Argentina, producen hipótesis utópicas diferentes” (1934, 87). Entre estas, tal vez la más importante sea la confianza manifiesta por el narrador de la novela acerca de las mayores chances de éxito que tendría el ensayo de una revolución proletaria en América en comparación con Europa. Los motivos a los

que atribuye dicha apreciación son varios: la escasa densidad poblacional del continente, el menor arraigo de los trabajadores a su tierra natal, la existencia de una burguesía relativamente vulnerable y, sobre todo, de un capitalismo menos desarrollado. Al respecto, cabe señalar que, al momento de publicarse la obra, todavía faltaban algunos años para el estallido de la revolución rusa, aunque en aquellos precisos momentos se estaba desarrollando la revolución mexicana, a cuyos combatientes Quiroule dedicó su utopía.

La figura del complot vuelve a hacerse presente en *La ciudad anarquista americana*. Influenciado, como muchos otros emigrados franceses, por las ideas de Auguste Blanqui, Quiroule confiaba en que una minoría consciente sería capaz de influir de manera determinante en el proceso de transformación social.¹⁰ Para ello era necesario que los integrantes de un grupo reducido y de suma confianza adquirieran una buena formación en técnicas de lucha armada y sabotaje, en el recurso de la clandestinidad y el hábito del secreto, en el manejo de la velocidad y el cálculo del tiempo para la elección del momento oportuno en el que dar el golpe. Ahora bien, el objetivo de quienes en las obras de Quiroule se prestaban a efectuar aquel acto imprevisto no era asumir la dirección del nuevo estado de cosas, sino tan solo favorecer la revolución, impulsarla, producirla incluso, y luego, como los miembros de un grupo de afinidad, disolverse en el conjunto.

La novela está ambientada veinte años después de la caída de la monarquía de El Dorado, nombre del país ficticio al que hacía mención antes. El relato de la revolución se presenta a través de los recuerdos de uno de sus protagonistas, Super, quien en su juventud residía en Europa y hacía propaganda por las ideas anarco-individualistas. Advirtiéndole las mayores probabilidades de transformación social que ofrecía el contexto sudamericano, Super cruzó el océano Atlántico junto a un grupo de doscientos hombres de acción. Tras arribar a El Dorado, los conjurados se prepararon durante cinco años para dar el golpe.

No habiendo en Sudamérica una amenaza permanente de guerra, el contexto elegido para el accionar del complot fue el relajamiento de las fuerzas estatales en el marco de unas fiestas patrias como aquellas que se celebraron cuando Quiroule estaba por sacar su primera novela. La noche en que los festejos estaban llegando a su fin, un grupo de revolucionarios secuestró al rey, a la reina y los ministros. Mientras tanto, un segundo grupo tomó dos aviones y bombardeó la flota naval, los cuarteles militares, la casa de gobierno, las estaciones de telegrafía y otros edificios. Los ataques sorpresivos no recibieron mayor resistencia y tuvieron como saldo unos pocos centenares de víctimas. El golpe fue dado con precisión quirúrgica y, en apenas unas horas, la monarquía fue abatida. Sin embargo, con el paso del tiempo, los anarquistas comprendieron que el derrocamiento del Estado no era suficiente para vivir según sus deseos. Una segunda revolución los esperaba por delante, y esta tenía por objeto la destrucción y el abandono de las metrópolis construidas por el capitalismo.

En esta ocasión no me detendré en el proceso narrado a continuación. Solo me interesa añadir que, a diferencia de *Sobre la ruta de la anarquía*, en esta segunda obra de Quiroule el pueblo está casi ausente del proceso revolucionario. Las pocas alusiones hechas a él nos hablan de un pueblo indigno que participa embriagado de las fiestas patrias, y otro pueblo trabajador que se mantiene al margen tanto de las celebraciones como del plan de los conjurados. La revolución se presenta así como un fenómeno importado, traído a Sudamérica por expertos europeos en la lucha contra la tiranía, quienes durante cinco años se mueven por el ámbito local sin mayor participación en sus espacios de militancia, y que apenas informan de su proyecto a los sindicatos de El Dorado un día antes de llevarlo a la práctica. Este lugar marginal que Quiroule le asignó al pueblo no pasó desapercibido para él mismo. Por el contrario, podríamos decir que constituía una de sus hipótesis utópicas para el continente americano.

10 No solo los emigrados franceses se sintieron interpelados por las concepciones vanguardistas de Blanqui. En su libro *Anarquistas*, Suriano (2008, 94-100) refiere a la fuerte impronta que algunas de estas ideas de revolución dejaron en militantes libertarios de renombre como Errico Malatesta o, en el plano local, Eduardo Gilimón.

En Europa, la turba desordenada, inconscientemente destructora, sería indudablemente la que obraría desde el primer instante, no interviniendo el elemento reflexivo sino después, es decir, cuando ya estaría aplacado el tremendo deseo de venganza de las masas oprimidas.

En América debía suceder precisamente lo contrario; es decir, que desde el principio sería el elemento ordenado y consciente el que intervendría en todos los actos de la Revolución (Quiroule 1991, 120).

Finalmente, en 1924 Quiroule dio a conocer *En la soñada tierra del ideal*, la utopía tal vez menos lograda de las tres que escribió. Durante los diez años que transcurrieron entre la salida de *La ciudad anarquista americana* y aquella última obra, un conjunto de acontecimientos habían transformado de manera decisiva el contexto mundial. La novela dialoga con algunos de estos hechos: la emergencia de la primera revolución proletaria exitosa, la conformación del socialismo de Estado en un país de Europa, y la consolidación del sindicalismo como una de las principales estrategias de organización y lucha de los oprimidos.

La crítica antes referida de Quiroule a la novela de Faure remitía a que, a juicio del primero, la sociedad imaginada por su compatriota se quedaba a mitad de camino, es decir, no llegaba a componer la estampa de una verdadera utopía libertaria. El programa esbozado en *Mi comunismo* –sostuvo en la nota de *La Revista Blanca*–, “muy plausible para una aplicación inicial o de debut, es decir, inmediata, no es aceptable, ni por mucho, como realización duradera o permanente de vida anarquista digna de ese nombre” (Quiroule 1924b). Nuevamente, Quiroule pensó que, una vez derrotado el Estado capitalista, todavía era necesario realizar una segunda revolución. Es esta última sobre la que *En la soñada tierra del ideal* se ocupa con mayor detenimiento, y que, para el caso, ya no tiene por objeto primordial la destrucción de las ciudades, sino terminar con el régimen sindicalista de organización del trabajo que sustituyó al régimen burgués de explotación. La experiencia soviética fue determinante para este cambio de perspectiva. De hecho, casualmente o no, el período de transición que la novela establece coincide con el tiempo que pasó desde el estallido de la revolución bolchevique hasta la publicación de la obra. Podría decirse que los siete años transcurridos entre 1917 y 1924 eran, para Quiroule, suficientes para que una sociedad comenzara a gozar de las bondades del comunismo¹¹.

A través de los recuerdos de Citis, protagonista de la novela, *En la soñada tierra del ideal* describe el modo de funcionamiento del régimen social que se estableció tras el derrocamiento del capitalismo, los logros que alcanzó y las dificultades que debió afrontar. En una primera etapa, la creación por los revolucionarios de una Dirección Sindicalista Central permitió organizar la resistencia contra el avance de las tropas blancas que se proponían reestablecer el antiguo orden. Sin el concurso de aquel organismo –cuenta el narrador–, hubiera sido imposible abastecer a los combatientes de lo necesario para la lucha en el frente de batalla; pero pasado el período de guerra, los miembros de la Dirección Central continuaron ejerciendo la función de administración del trabajo. Esta se encargaba de ordenar a las personas la tarea que debían desempeñar según las obras que consideraba prioritarias y, a cambio, otorgaba bonos para la adquisición de bienes de consumo. De tal manera, a juicio Citis, la explotación capitalista había sido reemplazada por “un ciego acatamiento a la orden de los conductores de la producción” que “no dejaba a los individuos ninguna iniciativa apreciable” (Quiroule 1924a, 14).

A esta inconveniencia se sumaron el crecimiento de una mano de obra superflua luego de que los trabajos de mayor importancia habían sido ya realizados, y el malestar generado por las desiguales relaciones de intercambio entre productos agrícolas e industriales. Cansados de alimentar a los ociosos de las ciudades, los campesinos –recuerda Citis– iniciaron una serie de

11 A una conclusión similar arriba Doeswijk, quien refiere que “el intercalado de siete años de ‘Dictadura del Trabajo’ refleja el entusiasmo inicial del autor por la Revolución Rusa, entusiasmo que, en 1924, había mermado bastante” (2013, 183).

protestas que derivaron en violentos enfrentamientos. El modo de resolver el conflicto fue, una vez más, a través de un plan de “retorno a la tierra” del proletariado urbano. La Dirección Sindicalista Central fue disuelta y, en su reemplazo, se creó un conjunto de granjas “radiotelefónicamente” conectadas que comunicaban las necesidades de trabajo para que los individuos eligieran libremente qué tarea realizar. Se trataba de una “fuente de informaciones al margen de todo control o intervención burocrática, parasitaria y mandona [...], sea cual fuese la etiqueta —socialista, sindicalista o soviética— con que la opresión quiere disfrazarse” (Quiroule 1924a, 40). Así, siete años después de la revolución contra el régimen capitalista, la “Gran Barrida” hizo lo propio contra el régimen sindicalista y abrió el camino al definitivo disfrute del comunismo libertario.

5. Conclusiones

Durante las primeras décadas del siglo XX, las utopías constituyeron parte del acervo literario con el que los anarquistas porteños se formaron y entretuvieron. En caso de que los fines pedagógicos que las obras perseguían se hayan alcanzado, los lectores habrían aprendido con ellas que el trabajo no tenía que realizarse necesariamente bajo las órdenes de un patrón, que el sistema representativo o monárquico no eran los únicos modos de organizar la sociedad, y que el amor podía adoptar formas que excedían los límites del matrimonio. También, que para que todo eso se experimentase en el propio cuerpo era preciso antes hacer la revolución. Como sostuvo Williams (2021) a propósito de la novela de Morris, la revolución no era en las utopías anarquistas un elemento simplemente circunstancial, sino una parte constitutiva de estas. Desde el punto de vista de los autores, la revolución era, podríamos decir, la única manera que tenían de imaginar y compartir un futuro prometedor.

Como vimos, la revolución adquiere distintas formas en cada una de las utopías analizadas. La figura del complot emerge como una de las principales herramientas con la que los anarquistas creyeron posible trastocar el orden social. Pero también aparece el combate de barricadas, la lucha de clases y su deriva en guerra civil, la huelga general y la violencia redentora de las masas populares. En este artículo, me propuse mostrar cómo la pluralidad de modos en que un mismo acontecimiento fue imaginado responde a los distintos contextos en que las obras fueron escritas. Esta constatación, por más trivial que parezca, remite a que el relato de la revolución cumple en el conjunto de las novelas una misma función: la de conectar el tiempo presente del trabajo de escritura con la imagen literaria de un porvenir deseado. En tal sentido, la revolución se presenta como uno de los puntos de mira privilegiados para examinar el modo en que la historia se vuelca al interior de las utopías anarquistas, y esto en tanto su cometido es inscribir a las propias utopías en la historia, así más no sea —como refiere Baczko (2005, 97)— para establecer una ruptura con ella.

Para finalizar, una última reflexión que se desprende de un breve intercambio. Mientras escribía este artículo, Francisco Caamaño me recordó el cuento de Úrsula K. Le Guin *El día antes de la revolución* (2018). En él, la autora de *Los desposeídos* narra las vivencias de Odo el día previo al estallido revolucionario que termina por instaurar el comunismo anárquico en el planeta Anarres. En el relato de Le Guin, Odo no llega a vivir el mundo con el que soñaba. Distinto es el caso de personajes como el de Hammond en *Noticias de ninguna parte* o Super en *La ciudad anarquista americana*. El rol que estos cumplen en sus respectivas novelas es fundamental para que, incluso cuando la utopía pareciera presagiar el fin de la historia, la memoria de la revolución no se pierda.

DECLARACIÓN DE CONTRIBUCIÓN DE AUTORÍA

Sebastián Stavisky: Conceptualización. Investigación, Metodología, Administración de proyecto, Redacción - borrador original, Redacción - revisión y edición.

DECLARACIÓN DE CONFLICTO DE INTERESES

Los autores de este artículo declaran no tener conflictos de intereses financieros, profesionales o personales que pudieran haber influido de manera inapropiada en este trabajo.

REFERENCIAS

- Abad de Santillán, Diego. 1923. "La preocupación del futuro". *La Protesta* 27 (4544): 1-2.
- Abad de Santillán, Diego. 1924. "Los problemas del futuro". *La Protesta. Suplemento semanal* 3 (125): 2.
- Ainsa, Fernando. 1999. *La reconstrucción de la utopía*. Buenos Aires: Ediciones del Sol.
- Anónimo. 1923. "Varias". *La Protesta* 26 (4471): 4.
- Anónimo. 1928. "Editorial La Protesta. Dos nuevos libros", *La Protesta* 32 (6141): 2.
- Ansolabehere, Pablo. 2011. *Literatura y anarquismo en Argentina (1878-1919)*. Rosario: Beatriz Viterbo Editora.
- Armus, Diego. 2007. *La ciudad impura. Salud, tuberculosis y cultura en Buenos Aires. 1870-1950*. Buenos Aires: Edhasa.
- Baczko, Bronislaw. 2005. *Los imaginarios sociales. Memorias y esperanzas colectivas*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Barrancos, Dora. 1987. "Las 'lecturas comentadas': un dispositivo para la formación de la consciencia contestataria". *Educação em Revista* (6): 45-47.
- Bellamy, Edward. 2014. *Mirando atrás*. Madrid: Akal.
- Bilsky, Edgardo. 1985. *La FORA y el movimiento obrero (1900-1910). Vol. I* Buenos Aires: CEAL.
- Cabet, Étienne. 1985. *Viaje por Icaria. Vol. II*. Barcelona: Ediciones Orbis.
- Cappelletti, Ángel. 1968. "Una utopía olvidada: 'El Humanisferio' de Joseph Dejacque". *Reconstruir* (55).
- Dejacque, Joseph. 1927. *El Humanisferio*. Buenos Aires: La Protesta.
- Di Stefano, Mariana. 2013. *El lector libertario. Prácticas e ideologías lectoras del anarquismo argentino (1898-1915)*. Buenos Aires: Eudeba.
- Doeswijk, Andreas. 2013. *Los anarco-bolcheviques rioplatenses*. Buenos Aires: CeDInCI Editores.
- Faure, Sebastian. 1923. *Mi comunismo (La felicidad universal)*. Buenos Aires: La Protesta.
- Fernández Cordero, Laura. 2009. "Buenos Aires de la utopía". En *El hilo rojo. Palabras y prácticas de la utopía en América Latina*, compilado por María González Oleaga y Ernesto Boholavsky, 33-43. Buenos Aires: Paidós.
- Fernández Cordero, Laura. 2024. "Amor y sexualidad en las utopías anarquistas". *Nueva Sociedad* 309. <https://nuso.org/articulo/309-amor-y-sexualidad-utopias-anarquistas/>
- Gori, Pietro. 1900. "La nostra utopia". *L'Avvenire* 4 (117): 1-2.
- Gómez Tovar, Luis. 1991. "Geografía de lo imaginario". En *I. Utopías libertarias americanas*, editado por Luis Gómez Tovar, Ramón Gutiérrez y Silvia A. Vázquez, 3-97. Madrid: Ediciones Tuero.
- Hernández Arias, Rocío. 2019. "Preparar la revolución: acciones violentas en la utopía libertaria hispánica". *Babel* 38. <https://doi.org/10.4000/babel.5831>.
- Ivan, Segundo. 1915. "Encuesta bibliográfica". *La Protesta* 19 (2699): 2.
- Kumar, Krishan. 1994. "William Morris: *News from nowhere*: la renovación de utopía". En *Utopías*, compilado por Vita Fortunati, Oscar Steimberg y Luigi Volta, 171-186. Buenos Aires: Corregidor.

- Le Guin, Úrsula K. 2018. *El día antes de la revolución*. Madrid: Nórdica.
- Levitas, Ruth. 2007. “La educación del deseo: el redescubrimiento de William Morris”. *Desacatos* 23, 203-222.
- Maitron, Jean. 1992. *Le mouvement anarchiste en France. 2. De 1914 à nos jours*. París: Gallimard.
- Mársico, Carlos. 1915. “Encuesta bibliográfica”. *La Protesta* 19 (2696): 3.
- Marx, Karl y Engels, Friedrich. 2008. *El manifiesto comunista*. Buenos Aires: Ediciones Herramienta.
- Migueláñez Martínez, María. 2010. “1910 y el declive del anarquismo argentino. ¿Hito histórico o hito historiográfico?”. En *Actas del XIV Encuentro de Latinoamericanistas Españoles*, coordinado por Eduardo Rey Tristán y Patricia Calvo González, 436-452. Santiago de Compostela.
- Migueláñez Martínez, María. 2021. “El mundo nuevo imaginado por Louise Michel. Literatura, labor editorial y utopía anarquista”. *Rubrica Contemporanea* 10 (20). <https://doi.org/10.5565/rev/rubrica.240>
- Morris, William. 1889. “Looking Backward”. *Commonweal* 5 (180): 194-195. <https://www.marxists.org/archive/morris/works/1889/commonweal/06-bellamy.htm>
- Morris, William. 1928. *Noticias de ninguna parte*. Buenos Aires: La Protesta.
- Mumford, Lewis 2013. *Historia de las utopías*. Logroño: Pepitas de calabaza.
- Nettlau, Max. 1934. *Esbozo de historia de las utopías*. Buenos Aires: Ediciones Imán.
- On. Junio de 1912. “Bibliografía”. *Infancia* I (5): XIV.
- Pro, Juan. 2018. “Sobre la utopía en el socialismo”. *Librosdelacorte.Es* (16): 206-216. <https://doi.org/10.15366/ldc2018.10.16.009>
- Quiroule, Pierre. 1912. *Sobre la ruta de la anarquía*. Buenos Aires: Bautista Fueyo.
- Quiroule, Pierre. 1913. “Páginas de ‘La Ciudad Anarquista Americana’. (Obra de construcción revolucionaria, a editarse)”. *La Protesta* 18 (1994): 2-3.
- Quiroule, Pierre. 1914a. “Del estado morbos, fisiológico y social”. *La Protesta* 18 (2251): 1-2.
- Quiroule, Pierre. 1914b. “Organización futurista”. *La Protesta* 19 (2345): pp. 2-3.
- Quiroule, Pierre. 1924a. *En la soñada tierra del ideal*. Buenos Aires: Sembrando Ideas 2 (31).
- Quiroule, Pierre. 1924b. “Mi comunismo (la felicidad universal)”. *La Revista Blanca* 2 (23): 10-13.
- Quiroule, Pierre. 1991. “La ciudad anarquista americana”. En *I. Utopías libertarias americanas*, editado por Luis Gómez Tovar, Ramón Gutiérrez y Silvia A. Vázquez. Madrid, Ediciones Tuero.
- Petra, Adriana. 2009. “¿Sueñan los anarquistas con mansiones eléctricas? Ciencia y utopía en las ciudades ideales de Pierre Quiroule”. En *El hilo rojo. Palabras y prácticas de la utopía en América Latina*, compilado por María González Oleaga y Ernesto Bohoslavsky, 55-70. Buenos Aires: Paidós.
- Rosell, Albano. 2023. *En el país de Macrobia. Una narración naturológica*. Buenos Aires: Madreselva.
- Suriano, Juan. 2008. *Anarquistas: cultura y política libertaria en Buenos Aires, 1890-1910*. Buenos Aires: Manantial.
- Traverso, Julio. 1915. “Encuesta bibliográfica”. *La Protesta* 19 (2707): 2.
- Trousseau, Raymond. 1995. *Historia de la literatura utópica. Viajes a países inexistentes*. Barcelona: Ediciones Península.
- Williams, Raymond. 2021. “Utopia and science fiction”. En *Science fiction. A critical guide*, editado por Patrick Parrinder, 52-66. Londres: Routledge.
- Weinberg, Félix. 1976. *Dos utopías argentinas de principios de siglo*. Buenos Aires: Ediciones Solar / Librería Hachette.